

Domingo XXVI durante el año - Lc. 16, 19-31

Hay textos del evangelio que nos sacuden profundamente por la elocuencia de su descripción y sus detalles. Uno de ellos es este pasaje del hombre rico que sobreabunda en comida y banquetes cotidianos, y el pobre Lázaro, tirado a su puerta, hambriento, cubierto de llagas, a quien los perros se acercan a lamerlo. Tristemente, nuestro mundo nos ofrece a diario una actualización de esta escena, en tantos rincones del planeta: ejemplos de despilfarro, de inmensos montos de dinero en espectáculos y en consumo; mucho tiempo invertido en discusiones intrascendentes que desconocen la urgencia de algunos problemas;... y a la vez, tantas hermanas y hermanos nuestros que mueren de hambre, sin lugar donde vivir seguros, huyendo angustiados de la violencia de los poderosos, al margen de la mesa de la vida que el Dios de Jesús ofrece en abundancia para todos sin excepción.



Creo que podríamos llamar a este texto la parábola de la indiferencia, de la incapacidad para dejarnos afectar; una descripción desnuda de todos aquellos momentos en que sólo miramos por nosotros mismos, justificando con muchos motivos el dejar afuera a quienes nos rodean. Esta actitud provocó en Jesús más de una vez enojo y tristeza, al comprobar la dureza de corazón de quienes lo ponían a prueba, escondida tras el cumplimiento del sábado o las reglas de pureza.

Si miramos a nuestro alrededor, podemos descubrir cuántas personas, - de todas las edades y situaciones-, desean, como Lázaro, al menos las migajas que caen de la mesa del cariño y del reconocimiento, para poder sentirse parte y liberar el tesoro que llevan dentro para compartir. Quizá de tanto correr, nos cuesta descubrir que todos, sin excepción, formamos parte de esta caravana vulnerable y necesitada de cuidado que somos como humanidad; olvidamos fácilmente cuántos nos ayudan a crecer, nos posibilitan aprender, nos miran y escuchan con ternura y con paciencia. Todos somos deudores del amor gratuito de otros y otras que ensancharon su espacio para darnos cabida.

Jesús de Nazaret pasó su vida rompiendo la lógica de la indiferencia con su modo de ser y de vivir, siendo capaz de ver a quien nadie ve, como a la viuda que ofrece lo único que tiene; siendo capaz de sentir el roce avergonzado de la hemorroísa y devolverle la alegría de ser hija amada; escuchando y dejándose transformar por la mujer pagana que clama por su hija; animándose a compartir la mesa con publicanos y pecadores como expresión del modo que tiene Dios de mirarnos y ocuparse de todos sus hijos. Más de dos mil años después seguimos animados por su Espíritu a salir día tras día de la mentalidad indiferente y justificadora de la exclusión, para optar por la relación: elegir mirar y reconocernos, escuchar y tender una mano, prestar atención y ofrecer una palabra, una pregunta oportuna, y así abrir en nuestra realidad esas aberturas que hacen posible que aflore la vida y la esperanza.

Metidos en esta actualización de la parábola del rico y el pobre Lázaro que nos golpea a diario, tenemos el maravilloso poder de transformarla desde abajo, desde dentro y desde cerca, si nos unimos en esa tarea artesanal de entretejer espacios solidarios donde sacar lo mejor que llevamos dentro, sosteniéndonos unos a otros. Nos alienta la vida de muchos que transformaron su experiencia de quedar a la puerta del banquete, en capacidad resiliente de empatizar con los más pequeños.

Día tras día, como lo hizo Jesús, en lo provisorio e incompleto de nuestros desvelos, hasta que Dios sea todo en todos.

Carina Furlotti